

BREVES INSTRUCCIONES Y MEDITACIONES SOBRE EL VIA CRUCIS

1ª. ESTACIÓN

Jesús es condenado a Muerte

Antes de aproximarnos al Tribunal inicuo piensen en todo lo que nuestro Señor ha sufrido ya por nosotras: su ensangrentada agonía en el Jardín de los Olivos, su flagelación, los innumerables improperios de un pueblo enfurecido. Él está pálido, extenuado por el dolor y la fatiga.

Aquella flagelación cruel: ¿quién puede pensar en ella sin estremecerse? Habrán querido esconder todas sus llagas a su juez, por temor de que él se enterneciese.

Le han puesto un traje de púrpura, ¡qué tormento al pasársela así ásperamente sobre todas sus llagas! Y nosotros, ¿no estaremos enternecidas, mientras que Él sufre tanto por nosotras? En el momento que lo condenan, digámosle a Él, a todos, que somos nosotras los culpables, que nosotras hemos merecido ser condenados.

Adoremos aquel Divino Salvador, pidámosle que en virtud de todo lo que ha sufrido su Humanidad, se digne su Divinidad concedernos misericordia.

Postradas a sus pies, cada una de nosotras piense en sus propias culpas y acúcese. ¡Oh! ¡qué grave es el pecado, pues, necesitó toda la sangre de Jesús para cancelarlo! Tomemos una firme resolución de no cometerlo jamás; no sólo una resolución general, sino que entremos en todos los detalles de nosotras mismas, y digamos cada vez que recemos esta Estación:

Yo quiero, con la gracia de Dios, corregirme de tal y tal defecto.

Jesús inocente se deja condenar; ¡qué humildad! ¡Y yo que soy una verdadera reá quisiera ser alabada, aplaudida! ¡Yo trato de aparecer, a veces, aún mejor de lo que soy! ¡Dios mío, perdón! ¡No permitas que yo haya reflexionado inútilmente en esta lección de humildad que te gusta darme!

Jesús, supremo Juez de los vivos y los muertos se deja juzgar: ¡qué vuelco de derecho y de autoridad! ¡Qué usurpación la de Pilato! Y yo, cuando me atrevo a juzgar a mi prójimo, ¿acaso no soy grandemente culpable? Dios quiere que lo miremos siempre en nuestro prójimo. ¡Cuántas veces olvidamos esta voluntad divina! ¡Cuántas veces separamos lo que Dios quiere que sea inseparable a nuestros ojos! Por tanto, nosotras condenamos a Jesús todavía. Y, ¿cuántas veces nos ha sucedido esto? Eso no me sucederá nunca más. ¡Oh Dios mío! ¡Hasta ahora yo no había entendido bien toda la importancia de tales condenas injustas, que tanto te ofendieron!

¡Oh juicio de Jesús! Hazte presente en mi pensamiento. No, ya no quiero sentarme jamás en la silla del inicuo Pilato, donde mi soberbia me ha hecho subir con frecuencia.

2ª. ESTACIÓN

Jesús cargado con la Cruz

Vean la multitud que rodea a Jesús, ella lo estruja, lo empuja, exulta por tener enteramente en su poder a aquel Cordero que ella desea inmolar, y por una exacerbamiento de crueldad lo carga con el instrumento del suplicio, lo que no se hacía con los condenados ordinarios.

Los milagros de su bondad serán motivo de reproche. Se le dirá: Tú que ordenabas al parálítico cargar su cama, lleva tu Cruz.

Jesús recibe sin alguno lamento semejantes ultrajes; Él lleva aquel grande peso. ¡Lo que lo hace pesado no es sólo la madera de la cual está formado, sino todas las iniquidades pasadas, presentes y futuras, de las cuales se deja cargar, Él, el Hijo predilecto del Eterno Padre, en quien ha puesto todo su amor, como lo proclamó en el momento del Bautismo de Jesús!

En tal estado Él aparece a los ojos del Padre, pidiéndole perdón y misericordia en nombre de todos, expiando lo que nosotras no seremos capaces de expiar.

Se necesitaba un Dios para satisfacer la injuria hecha a un Dios.

No nos contentemos con admirar la bondad de Jesús; recordémonos que a todos nos dice: *Tomen su cruz y síganme.*

A todas nosotras Él nos da aquella Cruz proporcionándola a nuestra debilidad: y nosotras, ¿la rehusaremos, mientras que el camino por donde él nos invita a seguirlo está marcado por su sangre? nosotras, ¿la rechazaremos? ¿Quién se atrevería a tanto?

Pensemos en las cascaritas de paja con las cuales está formada nuestra Cruz; comparémosla con la de Jesús.

Para alguna es una enfermedad, para otra es una persona de la cual conviene soportar los defectos, un deber de obediencia que costará un poco, una violencia de hacerse a causa de la excesiva vivacidad, pereza natural, una carencia de ganas para cumplir los deberes. Póstrense a los pies de María, digámosle desde el fondo del corazón:

Yo acepto, yo amo la cruz que se me ha dado.

He aquí, oh Madre, he aquí que yo también tengo una cruz. Quiero imitar a Jesús lo más posible que pueda. Bendice esta pequeña Cruz, y que la compasión que Ustedes experimentan por Él, se extienda también sobre mí.

3ª. ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez

No olvidemos nunca que el mayor sufrimiento de nuestro Divino Salvador, el más grande peso que lo oprime, es el pecado.

Desde los primeros pasos él cae debilitado acabado, no sólo por lo que los Judíos lo hicieron sufrir en su adorable cuerpo, sino por lo que él había sufrido ya en el huerto de los Olivos, donde su amor por nosotras había sido su primer verdugo.

En toda aquella multitud que ocasiona sus tormentos y que se ríe por la aparente debilidad de aquél cuyos milagros han ofendido su orgullo, sólo su Santísima Madre conoce plenamente la omnipotencia de Él y la extensión de su Sacrificio.

Oh María, ¡qué aflicción hay en tu corazón! Tu Divino Hijito, a quien tus brazos cargaron con frecuencia en su infancia, está allá tendido por tierra, y tú no puedes socorrerlo! ¡Y soy yo quien lo oprime! ¡Será acaso aquella culpa que he cometido ayer, la que ha producido, hoy, aquella sobrecarga de peso, la que ha hecho caer a Jesús!...

Aquel pueblo despiadado que empuja, que insulta a Jesús, (que no está compuesto por otra cosa, que por sus verdugos), me provoca horror, y, ¡Dios mío, yo también he formado parte de aquel pueblo bárbaro!

Penitencia, humillación, mortificaciones vengan, vengan yo las llamo; aún sabiendo que al practicarlas, me ayudarán a borrar mi semejanza con los verdugos de Jesús.

4ª. ESTACIÓN

Jesús encuentra a su Santísima Madre

Se puede creer que la Beata Virgen dotada de fuerza de ánimo sobrenatural, hubiese asistido de lejos hasta ese momento en la Pasión de su Divino Hijo, pero la turba la tenía separada, y Jesús desde largo tiempo no había visto a su alrededor, a nadie más que a sus enemigos. Después de su primera caída, que tuvo lugar probablemente en Jerusalén, la multitud que no quiere cansarse de subir al Calvario, se dispersó, y la Virgen Santísima pudo acercarse a Jesús.

Mírenla acompañada por S. Juan, y por S. María Magdalena.

No se dice si la Divina Madre haya podido hablarle, ¿pero, hubo acaso necesidad de palabras entre ellos? ¿Quién ha entendido el corazón de Jesús, como María? ¿Quién conoce el corazón de María, como Jesús? Con sus miradas se dicen su amor inmenso, no sólo el uno por el otro; sino para aquellos pecadores que costaban tanta sangre, tantas penas y lágrimas.

Humildemente postradas a los pies de la Madre y del Hijo, pidan la gracia de ser incluidas en aquella mirada de amor. Que caiga ella sobre nosotras, ablande nuestros corazones, los conmueva, los penetre igualmente de aflicción y de amor.

¡Oh cuán grande es nuestra miseria! Se necesita una gracia, una ayuda divina para amar a Jesús; nosotras que tan fácilmente amamos a quienes lisonjean nuestro amor propio, que nuestra ligereza prefiere, y hasta aquellos que por estos dos medios han dado tanto prejuicio a nuestra alma.

Reflexionemos acerca de nuestros afectos y digamos a Jesús que no queremos amar a nadie más que a Él; pidámosle que quite de nuestros corazones todo lo que nos sea Él y para Él. Sobre todo, que nos libere de meternos mucho en nosotras mismas; que nos libere de aquel amor hacia nuestra persona que es un gran tropiezo para progresar en el camino de la virtud.

¡Ah, hijas mías! Si nos conociéramos bien a nosotras mismas, estaríamos convencidas de que nadie menos que nosotras merecen ser amadas. ¡Se necesita la inmensa misericordia de Dios para soportar nuestra miseria. Pero, ¡ánimo! Es inmensa aquella misericordia; ella quiere nuestro bien, nuestra salud; nos quiere semejantes a nuestro Divino Modelo, y nos ayudará a perseverar en ello.

5ª. ESTACIÓN

Jesús es ayudado por el Cirineo

He aquí un pequeño auxilio concedido a la humanidad dolorida de Jesús. Es María la que obtiene el permiso de que el buen Cirineo se acerque; ella conocía toda la humildad de Jesús. Él se dignaría aceptar aquella ayuda.

¡El Creador del universo se deja ayudar por su creatura. Él, que tenía legiones de Ángeles a su servicio, él no rehúsa el brazo de un pobre hombre! ¡Oh cómo envidio al Cirineo!

María, Tú que me permites llamarte Madre, ten piedad también de mí, cuando las pequeñas Cruces que me ha destinado la bondad de Dios parecen demasiado pesadas para mi debilidad; hazme encontrar al Cirineo para que venga en mi ayuda.

Para ustedes, hijas mías, Él está a su alcance en todo momento; su digna Superiora puede hacer las veces de Él, y ustedes también pueden ser una ayuda cotidiana una para la otra.

Socorrámonos mutuamente al llevar la Cruz. Pidamos a María que nos dé la oportunidad; y como, por gracia de Dios todas tendemos a la perfección, como Dios nos mandó hacerlo, convenzámonos de que los defectos de la personas con quienes vivimos son sus más grandes Cruces. Soportemos, pues, tales defectos; nuestra dulzura será un potente auxilio. El ejercicio de esta virtud es agradable para Jesús.

Yo espero, hijas mías, por la gracia divina y con el auxilio de María, que muy pronto no se vea nada más que puros Cirineos entre ustedes ayudándose recíprocamente con amor, y recibiendo la ayuda con humildad.

6ª. ESTACIÓN

Jesús es enjugado por S. Verónica

Algunas Santas mujeres seguían el camino doloroso de la Cruz; ellas acompañaron a la Beata Virgen y recibían, por su medio la fuerza que ellas necesitaban. Solamente con María se puede seguir a Jesús.

Una de aquellas Santas mujeres ve el rostro de nuestro Divino Salvador cubierto de sangre; ella se acerca para secar su cara adorable. ¡Oh prodigio de la gratitud de aquel buen Jesús! ¡Aquel rostro Divino queda impreso en el liencillo que lo ha tocado, aún si el servicio hecho a Jesús era poca cosa! Dios mío, una vez también en mi alma estaba impresa tu imagen. Mis innumerables culpas la han borrado. Haz, Salvador mío, que se vuelva a imprimir de nuevo. Tú recompensaste grandemente tan sencillo servicio. He aquí lo que despierta en mí la esperanza. Por tanto, Jesús mío, ¿yo qué puedo hacer por ti, que no sea algo aún menor que la acción de S. Verónica? ¡Por lo menos, haz que mi deseo de servirte sea fuerte, grande, generoso! Que este deseo no sea fruto de orgullo, sino de amor. ¡Haz que yo aproveche toda oportunidad que se me presente para satisfacerlo!

Nunca jamás mediré con la medida del mundo lo que yo puedo hacer para complacerte; sabré, para no olvidarlo nunca, que con frecuencia lo que parece grande no lo es; y sabré que todo lo que me ofreces para practicar, puede convertirse en algo grande ante tus ojos, mediante el sentimiento que me impulsa a realizarlo.

Ninguno de mis deberes me parecerá, pues, ya algo tan pequeño, que yo me atreva a descuidarlo; ninguna acción de caridad me parecerá baja o de poca importancia.

¡Oh Jesús! Pon en mi corazón un gran amor por ti, haz que todas mis acciones contribuyan a imprimir de nuevo en mí tu imagen adorada.

Vengan, hijas mías, a los pies de María y de las Santas mujeres; pídanle a ellas que se quite de su corazón todo lo que impide su semejanza con Jesús. Pídanle a María que imprima en ustedes la imagen de su Divino Hijito; pídanse mucho, a ella le gusta mucho dar.

7ª. ESTACIÓN

Segunda caída de Jesús

Jesús cae una segunda vez y cae en el camino del Calvario, cercada de peñascos, cubierta de piedras; por lo cual, su dolor aumentaba. ¿Por qué Dios mío, esta añadidura de sufrimiento?

Para expiar las recaídas producidas por tu negligencia, por tu tibieza, cuando tú en una ocasión, ya habías tomado el camino de la Cruz y de las virtudes.

Examinemos nuestros corazones, hijas mías, lloremos nuestras infidelidades a la gracia, sobre todo a la de nuestra vocación. El máximo dolor de Jesús no es el que sufre su cuerpo puesto lívido y desgarrado, sino más bien aquella horrenda angustia de su Corazón al prever que su Pasión será inútil para tantas almas.

¡Ah! ¡No seamos nosotras quienes le provocamos esta pena; ella es tan grande!

Respecto a una pobre pecadora como soy yo, el Corazón de Jesús es capaz de comprender; me parece que él me da a conocer tal pena, cuando alguna de ustedes olvidando las gracias de Dios, regresa al mundo y al pecado.

Mi corazón de Madre sufre más que nunca; no se los podría expresar.

¡Perdón, Jesús! Perdón por aquellas culpables; provoca los remordimientos en ellas, atormenta sus conciencias a fin de que regresen a consolarte con su arrepentimiento.

Y nosotras, hijas mías, que ya nos hemos reunido, pidamos por ellas, y pidamos para nosotras la perseverancia que les ha faltado a ellas.

8ª. ESTACIÓN

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Jesús se vuelve a levantar y ve el llanto de las mujeres de Jerusalén; ve también que es provocado por un dolor demasiado natural, y el consuelo que les da, es una orden superior. Él les dice: *Lloren por ustedes mismas y por sus hijos.*

Si nosotras nos conmovemos por los dolores de Jesús, si un poco de devoción sensible estimula nuestros corazones, no nos consideremos por eso mejores. ¡Debemos llorar por nuestras culpas! Por nuestros hijos, es decir, por nuestras obras de iniquidad. ¡Ah! Cómo son tremendos los castigos que ellas merecen; pues, nuestro Salvador quiere que su pensamiento nos ocupa aún más que el pensamiento sobre lo que sufre Él mismo.

¡Oh María! Mi pobre alma está llagada tal vez más que el cuerpo de tu Divino Hijito Jesús.

Dirige tus miradas hacia mí, ten piedad de mí, péntrame con un verdadero conocimiento de mí misma.

Si te dignas tener piedad de mi estado miserable, mi contrición será de aquellas que son gratas a Jesús.

Estimulemos nuestros corazones hacia los más perfectos sentimientos de los cuales somos capaces, y emprendamos con valor y firmeza todo lo que puede ayudarnos a expiar nuestros pecados.

9ª. ESTACIÓN

Última caída de Jesús

Una vez más nuestro Divino Salvador cae oprimido por el peso de nuestras culpas; cuanto más se renuevan sus caídas tanto más dolorosas son. ¡Ah! ¡hubiésemos sido tan felices, al seguir a Jesús con su Santa Madre; y nos hubiese sido permitido alejar de sus pies las piedras que le provocaban dolor, y que tal vez lo hicieron caer! ¡Con qué solicitud habríamos cumplido tan dulce trabajo! Y si él nos dijese: *Tú puedes aún hacerme este servicio*, ¿no nos animaría el más vivo deseo de hacerlo? Y bien, hijas, Jesús nos lo permite. Pensemos siempre que todo lo que se hace al prójimo, se hace a él mismo. ¿No es verdad que muchas veces no se nos hace fácil evitar alguna ocasión de caída a nuestras hermanas? no digámosle aquella palabra algo punzante que las irritaría; ayudemos a una en el trabajo que la cansa; cedemos a la opinión de aquélla, para no darle motivo de disgusto, etc. ¡Cuántas veces en la jornada habremos quitado así las piedras que habrían producido dolor a Jesús!

Vengan con la confianza de un niño, vengan con María; ella acudirá en su ayuda, ella les sonreirá con bondad. ¡Ella es tan buena!

Pero Jesús se vuelve a levantar, su amor por nosotros le da fuerza, él se dirige al Calvario donde debe cumplirse su sacrificio.

Procuremos con su gracia de volver, nosotras también, a levantarnos de nuestras caídas. Volviéndonos a levantar, pensemos que se nos han dado las fuerzas para ir hacia el Calvario. Si la misericordia de Dios no pone en nosotros el valor ante esta dura prueba, ella tampoco puede evitarnos la penitencia. Amémosla, pues, dado que nuestro Redentor la ha amado y practicado tanto, para darnos el ejemplo.

10ª. ESTACIÓN

Jesús es despojado y es apagada su sed con hiel

¡He aquí que llegamos al Calvario; he aquí junto al lecho de muerte de Jesús, junto al Trono de su misericordia!

Hijas mías, represéntense de nuevo aquel monte árido, resquebradizo: mírenlo cubierto por los enemigos de Jesús. Miren a un lado el santo grupo formado por la Madre de Dios y de sus Compañeras piadosas, quienes no se pueden acercar al Salvador circundado por sus bribones. Debajo del monte se extiende una Ciudad suntuosa, un pueblo fértil y rico. Todo esto será dominado por la Cruz, la cual, dentro de unos instantes será elevada.

¡Oh! Que son los tesoros de la tierra en comparación con una gotita de aquella preciosa sangre, de la cual la Cruz está por ser inundada. Ella sale a torrentes de todas las llagas de Jesús, exasperada por los dolores atroces que le hacen probar al quitarle la vestidura. Él quiere despojarse también de aquella vestidura que es lo último que le cubre; y yo, ¿tendría afecto a algo que no seas tú, Dios mío? ¡No! quiero privarme de todo, para darte todo lo que tengo, todo lo que soy.

Miren aquellos soldados ávidos, que se disputan la vestidura de Jesús. Tiren con ella todo lo que no puedan ofrecer a Dios. Aquella vestidura es de una sola pieza; que su despojo sea total, entero, sin restricción alguna.

La Iglesia nos da para meditar en esta Estación una palabra pronunciada por el Señor solamente hasta que estuvo en la Cruz. *Tengo sed*, dijo Jesús, y se le presentó hiel y vinagre. Pero Jesús, que no alegó lamento alguno entre tantos y tan acervos tormentos, ¿cómo puedes ser que se haya quejado de sed? ¡Ah! Ya no es la sed de la fiebre y del dolor, que quema y deseca su boca, no, ya no es esa de la que se queja. ¡Una sed diferente lo presiona más aún! ¡Él tiene sed de nuestras almas! Él quiere atraer hacia sí todas las almas que su Padre ha creado y aún debe crear.

Oh Dios mío, recibe por lo menos la mía, yo te la doy por el tiempo y por la eternidad.

¡Ah! Te sea agradable, como una pequeña gotita de agua lo habría sido entonces para tu pecho reseco.

¡Oh sed de mi Jesús! ¡Ah, por qué no está en mi poder aplacarte, conducir a ti a todas las almas existentes! Por lo menos, Señor, con tu gracia haré cuanto pueda para conducirte el mayor número posible. Dígnate aceptar mi buena voluntad, bendecir mis peticiones, inspirarme las que serán más eficaces, y aceptar esta pequeño rebaño de corderitas descarriadas, regresadas al redil, que quiere ahora consagrarse totalmente a ti.

¿Oh hijas mías, reflexionemos si con demasiada frecuencia no nos haya sucedido de quitarle la sed a Jesús con hiel y amarguras; cuando Él viene a nosotras con tanta confianza en la Comunión, cuando Él está, por decir así, en nuestro arbitrio? ¿no encuentra Él en nuestros corazones aquella falta de amor por Él, por nuestro prójimo, que causa tanta amargura a su corazón, más que la que haya causado disgusto y repugnancia la bebida que le presentaron sus enemigos?

¡Ah!, Dios mío, no permitas, que esto me suceda, y por aquella sed ardentísima que tuviste por mi salud, perdona mis pasadas culpas, haced irremovible el propósito que hago, de amar todo lo que tú quieres que yo ame por ti y en ti.

Tu amor por mi prójimo, cubrirá ante mis ojos todos aquellos defectos que me alejarían de él.

11ª. ESTACIÓN

Crucifixión de Jesús

El Cordero de Dios es arrojado sobre la Cruz; sus miembros han sido dislocados, a fin de que pudieran llegar hasta los agujeros, donde se han de poner los clavos.

Escuchen los martillazos que le clavan. ¡Qué dolor para Jesús! ¡Qué espasmo para María! ¡Cómo resuenan en su corazón materno! Aunque su unión con Dios la había sometido a la Voluntad divina, era mujer también como nosotros y su corazón de madre sufría penas indecibles.

Después de tan horrendas sacudidas, he ahí que se levanta la Cruz. Ella se levanta entre el Cielo y la tierra. Y Dios, en el Santo Sacrificio de la Misa ha querido hacer permanente aquel Altar de expiación por nuestros pecados, y de satisfacción para la Justicia Celestial.

Una tradición piadosa nos narra que en aquel mismo lugar se encuentra la tumba de nuestro primer padre. Los huesos de aquél a quien le debemos la vida natural sirven como base a la Cruz, sobre la cual Jesús nos da la vida de la gracia, la vida sobrenatural.

¿Cuál fue la culpa de Adán y Eva? ¿Quisieron hacerse semejantes a Dios: soberbia y desobediencia los extraviaron. ¿Qué hace Jesús? Se humilla y obedece. El hombre quería

hacerse Dios, y Dios en su infinita bondad se hace hombre, para poder compartir con él un día su gloria, y elevarlo al grado de reinar con él.

¡Oh, qué grandes son tales pensamientos! ¡Oh, qué bello es este destino! Totalmente penetradas de gratitud a nuestro Redentor, no olvidemos jamás que, por medio de la humildad y la obediencia, aquel bello destino será el nuestro.

Pero Jesús tiene que sufrir todavía tres horas de agonía; en ese tiempo los verdugos lo insultan, el ladrón malo se une a ellos. Sin embargo, como su oficio de verdugos se había cumplido, se alejan de la cruz. María se acerca, levanta los ojos hacia su Divino Hijo.

Quiero creer que Ella, al pasar, dirigió una mirada hacia el buen Ladrón, y que se le deba a ella que él haya reconocido en Aquél que sufría a su lado, a su Señor y su Dios, y el haya obtenido la promesa de estar con él en su Reino.

Hijas mías, ninguna palabra de nuestro Divino Salvador fue pronunciada sin gran utilidad alguna para nosotros, y él en su sabiduría no ha pronunciado ninguna de éstas, sino en el momento más oportuno.

¡Qué reflexiones debemos hacer sobre aquella promesa de Jesús! ¡Qué bondad conmovedora! ¡Qué esperanza para la fe y el arrepentimiento!

Nosotros también hemos robado, y mucho más que aquel Ladrón; porque a Dios mismo le hemos robado. Nosotros le quitamos nuestros corazones, nuestras voluntades; y, ¿cuántas veces no le hemos despojado de la gloria debida sólo a él, al ensoberbecernos? ¿Cuántas veces no hemos dado nuestro corazón a objetos indignos de Él? Examinémonos, humillémonos e imploramos su misericordia.

Reflexionen por igual, cómo Jesús viendo junto a Él a su Santa Madre, y viendo su alma desolada, no le diga a ella: "Tú estarás hoy conmigo en el Paraíso". No, él la deja en esta tierra de exilio.

¡Oh María! Tú te resignaste a esto por nosotros.

Con tu humildad has contribuido a la Encarnación del Verbo; con tu caridad, aceptaste también contribuir en el establecimiento de la Iglesia de Dios en la tierra.

La agonía de Jesús avanza. Él es despojado de todo, él pierde toda su sangre. Le quedan aún, su Madre y el Discípulo predilecto; Él los dona una al otro, y es así como ofrece María como Madre del género humano.

Es de fe que nuestro Señor murió por todos los hombres; nosotros hemos estado presentes en su pensamiento, su corazón, en el momento de su Pasión.

Escojamos aquel momento de la Pasión, en el cual, Él nos ofrece como Madre a su amadísima Madre; y allá, a los pies de la Cruz, como uno de los granos de polvo bañados por su sangre peguémonos al manto de María; digámosle:

Oh Madre de misericordia, escucha el Testamento de tu Divino hijo; Él lo ha pronunciado ante la presencia del cielo y de la tierra, Él lo ha firmado con su propia sangre. Acéptame como tu hija; por lo menos como sierva, si todas mis culpas pasadas me hacen indigna del dulce nombre de hija.

Prometan a San Juan de servir a María, y pídanle que les enseñe cómo le sirvió él.

S. María Magdalena se había acercado también a la Cruz. Su dolor se asemeja al de la Beata Virgen. El de la Divina María era quieto. Ella se mantenía en pie junto a la Cruz; *Stabat*, dice el

Evangelio. La Magdalena está de rodillas; ella abraza aquella Cruz no pudiendo llegar a los pies del Salvador que quisiera regar con sus lágrimas.

Sus largos cabellos están esparcidos; ella enfrenta los sarcasmos de los enemigos de Jesús, no ve otra cosa que a Él, no piensa en nada más que en Él, no ama a nadie más que a Él; es toda aflicción, todo amor.

Oh santa Amante de mi Dios, hazme sentir todo lo que tu corazón sentía; haz, te suplico, que yo no sea sólo Magdalena de nombre; sino que todos mis sentimientos sean concordantes a los tuyos.

Pongamos atención a todas las palabras de nuestro Divino Salvador. Él pide por sus verdugos, y pide al mismo tiempo por nosotros.

¡Qué humildad en aquella oración! ¡qué dulzura! No habla de sí, de sus méritos infinitos; Él pide a su Padre que perdone, y le agrega: *“Porque no saben lo que hacen”*. Aquel Buen Jesús quisiera quitar toda malicia de sus delitos, y no acusarlos de nada, sino de su ignorancia.

¡Mi Jesús! Yo no sabía lo que hacía cuando pecaba, cuando yo quería todo menos el cumplimiento de tu Santa voluntad; cuando yo empleaba todo lo que he recibido de ti en todo menos que en tu servicio. ¡Ah!, yo no sabía lo que hacía...

Pero, ¿yo me atrevo a decir esto? ¿No sabía yo que hacía mal? Ay, Dios mío, que tu indulgencia no me deje ciego. He pecado, Señor, he pecado contra el Cielo y contra Ti, y si yo niego mi malicia, soy aún más pecadora y en mí la verdad no alberga. Yo me acuso, pues, de todas mis culpas, ya que tu justicia me conoce como rea. ¡Ah, Señor! Perdóname mi pasado; dame tiempo para reparar. Ejerce sobre mí tu misericordia; dame con tu gracia los medios para hacer mayor bien que supere lo que yo he hecho mal. Dios mío, los Santos hicieron grandes cosas en tu nombre; pero, si yo pobre pecadora, logro hacer algún bien, tú serás más glorificado; pues, está claro que de mí no puede salir nada bueno: la gloria será toda Tuya.

Despierten en su corazón, oh hijas, el anhelo de dar gloria a Dios, de servirlo, de animar a sus Hermanas en la virtud con su ejemplo. ¡Ah, hagan algo unas por las otras, pues, Dios ha hecho tanto por ustedes!

12ª. ESTACIÓN

Jesús muere en la Cruz

Ordenando a la mente de representarnos los dolores de Jesús en su cuerpo adorable, no los separemos jamás de aquellos de su Corazón Divino; los cuales, eran todavía más acerbos.

¡En el huerto de los Olivos, los Discípulos lo abandonan! ¡Él sufre una atroz agonía al acercarse su Pasión! la naturaleza se perturba. Él pide a su Padre alejar de Él aquel cáliz; ¡su oración no es escuchada! ¡Aquél a quien Él llama con el dulce nombre de amigo lo traiciona, mientras que Él lo abraza! ¡ya hemos meditado los dolores de su Corazón, pensando como tantas criaturas no habrían aprovechado cuanto Él hacía por ellas! ¡Jesús comparte todo lo que sufre su Santa Madre!

Al fin, en la cruz... ¡Oh Jesús mío! ¿qué es lo que has sentido? ¡qué misterio de dolor!

Tú exclamaste a tu Padre: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Me siento incapaz de penetrar en aquel misterio; pero permite que mi debilidad reciba de ello un apoyo, y la capacidad de reavivar una esperanza. Por el hecho que has sufrido tanto por mí, me atrevo todavía esperar que Tú has querido experimentar aquel horrible abandono para evitarme una tal angustia al momento de mi muerte.

¡Corazón de mi Jesús! En nombre de todo lo que tú has experimentado, ¡ah! No permitas que yo me sienta abandonada por nuestro Padre Celestial, en el momento en que dejaré esta tierra, para comparecer delante de Él.

Obtenme la gracia de que, teniendo mi crucifijo sobre el corazón, yo pueda decir: “Todo está cumplido; yo pongo mi espíritu entre tus manos”. Haz que cumpla tan bien lo que tu santa voluntad espera de mí, que yo me atreva, pronunciando aquellas santas palabras, a unir mi muerte a la Tuya. ¡Oh María, dignate implorar para mí esta gracia, no obstante yo sea tan indigna!

¡Todo está cumplido! Jesús expira lanzando un fuerte grito. Ante tal grito tiembla la tierra, el sol se oscurece, los muertos resucitan, el infierno es sacudido. ¡Grito de victoria de Dios sobre la muerte, sobre el pecado! ¡Oh cuántas cosas hay en aquel grito del Salvador! Él rompe la esclavitud en la cual nos tenía el demonio; Él llama a sí a todos los cristianos al pie de la Cruz; él anuncia la gloria de todos los Santos. ¡Cómo resuena eso en el corazón de María! Ella se sometió a la muerte de su Divino Hijo; pero, por tal muerte Ella adquiere millones de hijos.

¡Oh María! No olvides este grano de polvo que se ha pegado a tu manto. Soy yo, oh Madre mía; ¡ten piedad de tu hija! aquel grito de Jesús me llama también a mí. Obtenme la gracia de que, fiel a su voz, yo sea de Él, de Ti por el tiempo y por la eternidad.

Jesús ha expirado, y los ultrajes no han cesado aún. Un soldado brutal traspasa el Corazón Divino con el fierro de una lanza. Entre todas tus llagas, Redentor mío, permite que ésta sea para mí la más querida. ¡He ahí, pues, abierto para nosotros aquel Corazón Divino que nos ha amado tanto! Puedo ir a esconder allí todos mis sufrimientos más secretos; puedo ir allí a reponer todas las angustias de mi vida. Está abierto para ser mi asilo, el lugar de mi descanso.

Corazón de Jesús, ¡cuántas veces me atreví a poner en ti a todas estas pobres pecadoras que están postradas conmigo a los pies de la Cruz! Dignate acogerlas, recíbenos en Ti. Sí, es en Ti que queremos vivir, en Ti que queremos morir.

13ª. ESTACIÓN

Jesús es bajado de la Cruz

Poco a poco el silencio se estableció en el Calvario. Los Judíos y los malvados se habían alejado; los más tímidos entre los discípulos se habían atrevido a acercarse. José de Arimatea también había obtenido ya el permiso de sepultar a Jesús. Lo desclavan dulcemente de la Cruz, y después de tantas horas de insultos y ultrajes, Él es tratado por fin con toda la reverencia y adoración que se le deben.

María, sentada sobre una piedra, recibe entre los brazos a su Divino Hijito. ¡Ella que lo ha visto tan hermoso! ¡En qué estado lo ha reducido el pecado! Ella lo apoya con angustia en aquel seno que lo ha nutrido. San Juan sostiene su cabeza; María Magdalena está a sus pies. Bálsamos y perfumes le esparcen en las llagas y en los miembros inanimados, que María Magdalena lava con sus lágrimas. ¡Con cuánto amor todos se afligen en torno a Jesús! y, sin embargo, el alma y la vida ya no están.

Hijas mías, pensando en todo lo que sintieron los que sepultaron a Jesús, ¡qué confusión para nosotros, si no tenemos aún más amor y respeto cuando lo adoramos en el Santísimo Sacramento, cuando Él viene en nosotros en la Santa Comunión!

Puesto que entonces nosotros recibimos, no sólo el cuerpo de Jesús, sino su alma, su espíritu, su corazón, y su Divinidad completa.

Humillémonos ante este Santo grupo; pidamos perdón de nuestras negligencias. ¡Ay de mí! ¡quizá tenemos que pedir perdón también por las malas Comuniones!

¡Ah, Santos reunidos en torno a Jesús! pidan por mí. Que el horror de mi delito no borre la piedad que mi miseria reclama. Apacigüen la indignación de la justicia divina; obténganme, junto con el perdón de culpas pasadas, muchas gracias de amor para repararlas.

¡Oh Dios mío! Preferible morir, morir en este mismo instante, que recibirte en estado de pecado.

Es tan grande mi miseria, que jamás podré recibirte dignamente; pero por lo menos quiero hacer lo que está en poder mío, para recibirte en mí del mejor modo posible.

A ti, María, recurro, para que Jesús encuentre en mí algo que le agrade. Dígnate preparar mi corazón, así como tú preparaste el pobre pesebre de Belén; quita de mí todo aquello que a Él le disgusta, y pon en él todo lo que puede complacerle.

14ª. ESTACIÓN

Sepultura de Jesús

Todos los cuidados para embalsamar a Jesús se habían realizado. Se había hecho de noche. La B. Virgen, los Discípulos, las Santas mujeres siguen al cuerpo de Jesús, y lo llevan al Sepulcro destinado por José de Arimatea.

¡Con cuánto amor habrán adorado y besado aquella Santísima Reliquia! ¡Qué aflicción en el corazón de María y de Magdalena, al verse privadas de la vista de Jesús! Por fin, es colocada la piedra que debía cerrar la entrada.

Antes de seguir a María, detengámonos ante el Santo Sepulcro, y reflexionemos que éste estaba nuevo y excavado en la roca. Comparemos el lugar de la sepultura de Jesús con nuestros corazones, donde Él viene a habitar con tanta frecuencia. ¡Qué diferencia y qué semejanza entre ellos!

Ése es nuevo, nadie había sido puesto todavía; y en nosotros, durante cuántos años nuestro corazón fue huésped del mundo, del pecado, del demonio, del enemigo de Jesús! ¡Cómo es grande la misericordia, tanto que, nos ha perdonado!

Sí, nos ha perdonado; hijas mías, tengan esperanza, tengan confianza.

Magdalenas penitentes, ¡qué grande debe ser su reconocimiento!

¡Tantas gracias han seguido a aquel perdón! Ustedes eran esclavas. Él dio toda su sangre para rescatarlas a ustedes, y después de haberlas rescatado, Él les permite incluso poder aspirar al título de sus Esposas.

¡Dios mío, danos la eternidad para cantarte un canto de acción de gracias! ¡Que nuestros corazones no tengan semejanza con aquel sepulcro; él está frío, él es duro, él no siente el tesoro que encierra!

Pero la piedra, que separa el cuerpo de Jesús del resto del mundo, sea representada para nosotros por este recinto que debe separarnos por siempre de todo lo que no es Jesús. Nuestros corazones estén cerrados pues, a cualquier otro objeto; sintámonos sepultadas con Jesús, teniendo a Jesús en nosotros.

Hijas mías, una práctica devota recomendada por S. Teresa, y seguida por muchos, es de pensar en la Agonía de Nuestro Señor en el huerto de los Olivos, la noche del Jueves al Viernes. En la del Viernes al Sábado, sigan en espíritu a María junto a San Juan; mírenla circundada por los discípulos, por las Santas mujeres; miren los cuidados de San Juan; únanse a cada uno de ellos.

Cada uno les hablará de su divino Hijito; se mencionarán su bondad conmovedora, su dulzura; se adorará su Divinidad; se harán promesas a María de amor por Ella, por Él.

Aquellos de los Discípulos que han tenido menor valor, S. Pedro quien renegó a Jesús, ¡qué sentimientos habrán en ellos! ¡cómo serán humildes a los pies de María! Imitemos su arrepentimiento, lloremos nuestras culpas; éste es un momento favorable para obtener gracias de la Madre de Dios. No se ha quedado en la tierra, para otra cosa sino para ayuda de la gran obra de la Redención. Pídanle que les haga aprovechar todos los méritos de su divino Hijo. Y ora yo, hijas mías, las dejo a los pies de María, y les pido que intercedan por mí ante Ella, a fin de que un día estemos reunidas con ella en el Cielo.